

LA TÍA TULA

La pequeña tienda se llenaba con nada. No era, desde luego, de esas librerías donde uno puede pasear su curiosidad de acá para allá. Las chicas entraron atropellando, exhibiendo el aire triunfador que algunos, no tan jóvenes, califican de poco menos que desvergüenza.

-¿Tienen el libro ese que anuncian...?

El vendedor entendió en seguida. Fue a una ringlera y sacó dos volúmenes gemelos. Dijo que uno era de regalo.

-"La tía Tula" -se oyó leer en voz alta y femenina. Luego, el murmurio de las hojas pasando ante la mirada indagadora de las muchachas.

-Qué bien, casi no tiene paja.

Me atreví:

-Perdone. ¿Por qué iba a tenerla?

-Como es de ese señor..., Unamuno...

Creí comprender. ¿Verdad que Unamuno, así, de lejos, puede sonar a lo contrario de amenidad? Y ya se sabe que la "paja" de las novelas, para lectores apresurados, es una impresión visual, la que se recibe al enfrentarse con las primeras páginas de "La Puchera", por ejemplo: esa falta de renglones precedidos del guion del diálogo, porque el autor no consiente en sacar sus personajes sin antes hacer la descripción morosa del escenario. Hay cantidad de leyentes que se saltan lo que atrevidamente juzgan accesorio, y así desprecian -siga valiendo el ejemplo de Pereda- páginas notables. Lo malo está en si caen de antemano en la desgana y lo que desestiman es el libro entero. Entendámonos: nada de esto tiene sentido si se aplica al lector hecho y derecho; pero puede valer para una masa que está siendo llamada, por las trompetas de la propaganda intensiva, a una iniciación al disfrute de los buenos libros. De los ciento cincuenta mil -y acaso serán más- ejemplares unamunianos ahora salidos muchos enriquecerán estanterías más o menos apretadas; pero muchos también serán primera piedra, estreno, invitación...

Las chicas de mi encuentro podían ser dependientas o cajeras de alguna tienda fina -por sus manos lo digo-; o peluqueras o telefonistas. Vi que sobre el mostrador habían posado sus libros propios. Me acerqué por buscar la clave. Pero era el inevitable método de inglés, con sus cuadernos de deberes. Lo cual, en España y ahora, no es que aclare gran cosa. Se marcharon alegres, satisfechas del trato que acababan de hacer: cinco duros, ni una perra más.

Yo me quedé figurándome a don Miguel; lo que él diría, si viviera, de este montón de libros, suyos, insólito por la cantidad. Lo que él estará diciendo ahora que se le habrá arreglado aquel preocupante negocio del no perecer, de recordar lo de aquí abajo, de seguir llamándose con el mismo nombre y apellidos de su cédula personal. Y pensé también en los miles de hombres y mujeres culturalmente modestos, a veces estragados por una literatura inferior, que ahora, movidos por la fuerza irresistible de la publicidad, van a entenderse con aquel severo rector de Salamanca; nada menos. ¿No los desanimará lo trasnochado de un cura y las sobrinas de un cura? Y el lenguaje, tan puro y escueto. Y la casi negación de la novela, sustituida por el paisaje desnudo de las almas. ¿No será demasiado riesgo para empezar?

Recordemos: "La tía Tula" arranca con una sencillez luminosa, con una total facilidad que echa garra en el lector: "Era a Rosa y no a su hermana Gertrudis, que siempre salía de casa con ella, a quien ceñían aquellas ansiosas miradas que les enderezaba Ramiro". Es imposible mejor síntesis, transparencia mayor. No se han completado aún los tres primeros renglones, ¡los tres primeros!, y ya se sabe: que hay dos mujeres, con sus nombres propios; que son solteras -casi es obvio-, y unidas; que las sigue un hombre llamado Ramiro; que Ramiro se inclina, y con cierta avidez, por una de las dos hembras; que en este mismo hecho se plantea ya una situación, un problema pendiente de desarrollo. Casi a continuación conversan las dos hermanas, sin apenas acotaciones. Cuaja el noviazgo. El drama crece. Son breves los capítulos, descansadores; sus interludios blancos también le dicen algo al lector: lo animan. En el segundo de ellos, Gertrudis decide que hablará con Ramiro en beneficio de Rosa. Y a renglón seguido, exactamente en la línea siguiente, ya lo está haciendo: "Al otro al ir Ramiro a visitar a su novia, encontróse con la otra, con la hermana". Se sobrentiende que en casa de las muchachas. ¿Y cómo era esa casa? No se dice. ¿Para qué habría de decirse? De sobra sabemos cómo es la casa de un cura como don Primitivo, con sobrinas como Rosa y Tula. Tampoco se aclara cómo iba vestido el pretendiente. Ni este enciende cigarrillos, eso que tienen que hacer los personajes de tantas novelas llevados al vicio del tabaco, ¡pobres!, por la conveniencia o la pereza mental del autor. ¿Y la situación de la historia en el espacio y en el tiempo? Nada, apenas nada. Y nadie llega a sentir por ello ningún vacío. Así resulta que la obra, con sus problemas de la "sororidad", de la soltería trascendida a maternidad virginal, fue de ante y lo es de ahora mismo -cuando los "Apolos"-, y de España arriba y abajo, y de cualquier tierra

que conozca planta de mujer. "Esto no es un libro -dijo el poeta-, y quien lo toca, toca a un hombre." Quien se acerca a la novela de Unamuno pronto llega al alma de los personajes, sin tropezar en sillas y canapés, sin pasar puertas ni jardines, ajeno a la anécdota de las vajillas ilustres como al barro humilde de las chozas, sin detenerse, sin pararse en nada que no sea palpitación misma de los corazones. "Literatura, noticia del corazón."

Sí; había para pensar en un riesgo. Pero pronto nos damos cuenta de que la elección de este libro-piedra vino de una buena cabeza; que don Miguel es un novelista "moderno" -y cuan contento estará él de verse proseguido-; que el público menos trabajado por la verdadera literatura va a entender su novela... Igual o mejor que un serial, sólo que sin tantos "Te amo", "¡Oh marquesa!", "Adorada Leticia" y otras cosas improbables. En "La tía Tula", además de morir en la cama, los personajes viven de vida natural.

Antonio PEREIRA